

La casa de Rodolfo

Vera, Claudia y Nora Hilb





www.loqueleo.santillana.com

© 2012, VERA, CLAUDIA y NORA HILB
© 2012, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4307-4
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones: NORA HILB

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS y JULIA ORTEGA

Hilb, Claudia
La casa de Rodolfo / Claudia Hilb ; Nora Hilb ; Vera Hilb ; ilustrado
por Nora Hilb. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana,
2015.
40 p. : il. ; 19 x 16 cm. - (Amarilla)

ISBN 978-950-46-4307-4

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Hilb, Nora, ilus.
CDD A863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 3.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015, EN GRÁFICA OFFSET S. R. L., SANTA ELENA 328, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

La casa de Rodolfo

Vera, Claudia y Nora Hilb

Ilustraciones de **Nora Hilb**



loqueleg

—¿QUÉ PASOOOOOOOOOOO?

El lobo Rodolfo aulló con todas sus fuerzas. Una inmensa piedra estaba tapando la puerta de su cueva.

Miró alrededor y volvió a aullar:

—¿QUIÉN FUEEEEEEEEEEE?





Los animales del bosque se miraron entre sí. Ellos no habían sido, no, no, no.

No habían oído, no habían visto, no habían olido nada de nada.



Rodolfo siguió aullando:

—¡¡¡NO TENGO CAAAAAAAAAASA!!!



Uno por uno, primero los más fuertes, y luego de a tres, de a cinco, de a diecisiete y todos juntos, los animales del bosque se pusieron a empujar. Pero tan pesada era la piedra, tan enorme, que, pese al esfuerzo de cada uno y de todos, no se movió ni un milímetro.



El osito lavador, que además de limpio era muy amable, se acercó al desdichado lobo y lo abrazó:

—Rodolfo —le dijo—, no llores más, serás mi huésped. Y juntos lavaremos la comida en el río, y nos divertiremos y tendremos largas charlas de sobremesa.

Y así fue como el Lobo Rodolfo se fue a vivir a la casa del osito lavador.



Todos los días iban al río y lavaban la comida una y otra y otra... y otra vez.

Y luego se sentaban en la mesa y comían todo mojado.

A Rodolfo nada de esto le resultaba demasiado apetitoso, pero siguió desayunando, almorzando, merendando y cenando frutos pasados por agua hasta que no aguantó más y decidió despedirse:



—Todo muy lindo, todo muy mojado, muchas gracias, pero no, gracias. Ya me voy, ya me fui. —Y le obsequió al osito lavador un bizcocho empapado como regalo por su cortesía.



Y se fue a vivir a la casa del conejo (a esa altura ya eran muchos los amigos que se habían ofrecido a alojarlo).



El conejo vivía en una madriguera llena de conejitos. Conejitos por acá, conejitos por allá, conejitos por todos lados. Eran muchos, muy juguetones... y... algo molestos también.

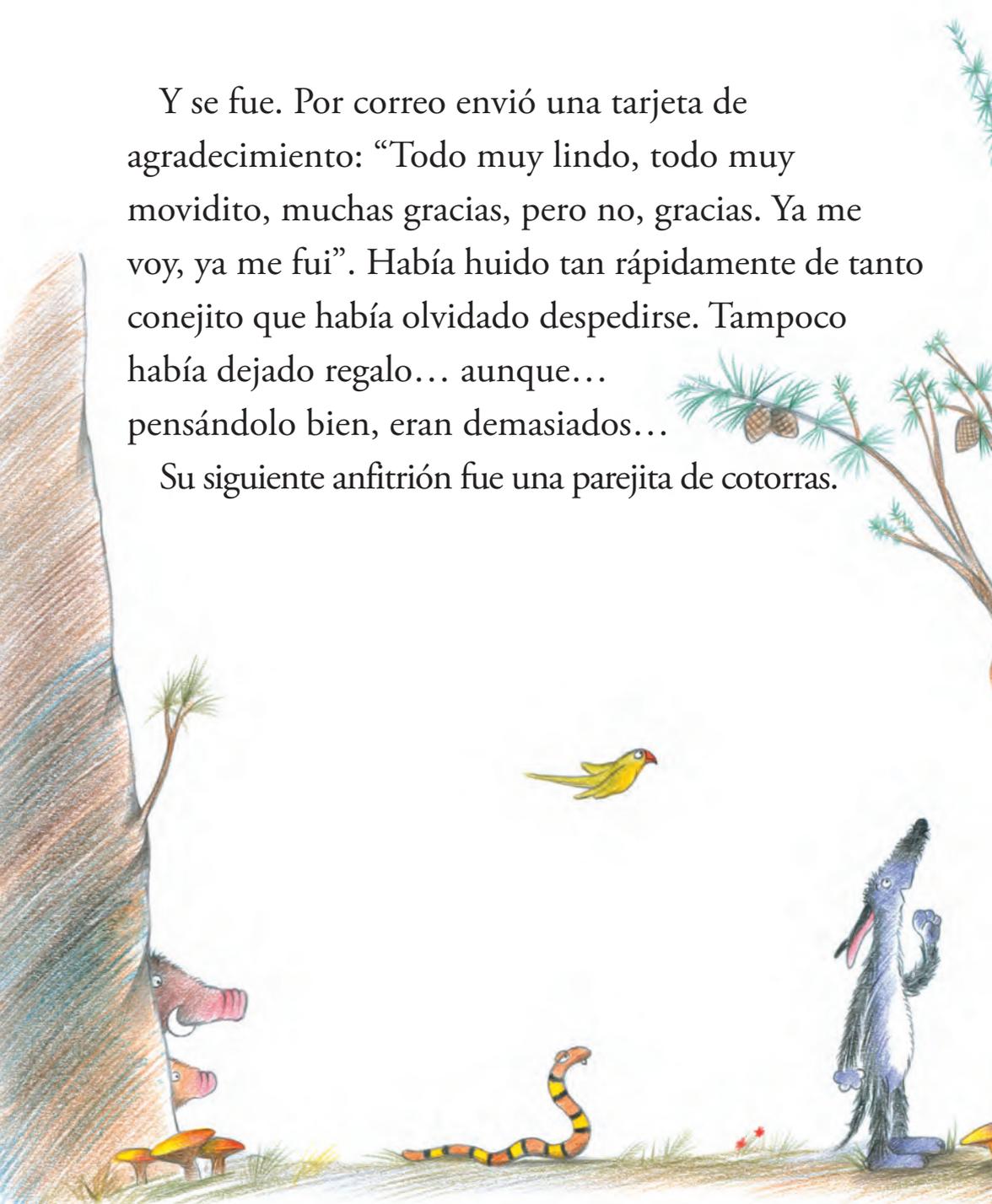




Trepaban por el lomo del lobo Rodolfo, se hamacaban tirándole de las orejas, saltaban encima de su panza, le mordisqueaban las patas. Estos nuevos juegos les parecían divertidísimos. A Rodolfo, no.

Y se fue. Por correo envió una tarjeta de agradecimiento: “Todo muy lindo, todo muy movidito, muchas gracias, pero no, gracias. Ya me voy, ya me fui”. Había huido tan rápidamente de tanto conejito que había olvidado despedirse. Tampoco había dejado regalo... aunque... pensándolo bien, eran demasiados...

Su siguiente anfitrión fue una parejita de cotorras.





Las cotorras vivían en un nido que colgaba de un árbol altísimo, junto con muchas otras cotorras. Algo así como un edificio de departamentos.

No fue fácil subir y no fue fácil convivir.

Las cotorras charlaban sin parar, gritaban, contaban chistes que Rodolfo no entendía, los festejaban con graznidos, y así durante todo el día y parte de la noche.

Rodolfo, que a duras penas cabía en el nido y que casi no dormía por los chillidos, miraba hacia abajo y se mareaba.



Tan apretado estaba, tan poco dormía, tanto se mareaba, que al final se cayó. ¡PATAPAFFF!



Golpeado y dolorido, aulló en dirección al cielo:
—Todo muy lindo, todo muy ruidoso, muchas gracias, pero no, gracias. Ya me voy, ya me fui.

Las cotorras, desde lo alto le respondieron:
—Todo muy lindo, todo muy grande, de nada, de nada. —Y en un susurro agregaron—: Qué alivio que el invitado ya se va, ya se fue... —mientras arreglaban el nido destruido por Rodolfo.



El lobo Rodolfo se instaló en casa del topo. Tenía largos túneles que comunicaban con más túneles. Y en el centro, la habitación principal alfombrada con hojas para sentarse cómodamente a no hacer nada.

